

EN SEVILLA.

Por un mes 4 rs.

FUERA DE SEVILLA.

Por tres meses 16 rs.

LA PLATEA,

REVISTA DE TEATROS Y DE LITERATURA.

INDICE DE ESTE NÚMERO.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

D. AGUSTIN MORETO. (1)



S un axioma probado hasta la evidencia, que cuando una nacion decae, ó está próxima á sucumbir, empieza tambien á decaer su buen gusto literario, hasta el extremo de envolver en sus ruinas las dos grandes palancas de la civilizacion humana: la literatura y las artes; es decir, que la civilizacion y la cultura de un pueblo están en razon directa de su grandeza y de su prosperidad. Para probar este axioma bastará solamente que recordemos el floreciente estado á que llegó la literatura española durante los gloriosos reinados de Cárlos V. y de Felipe II.

Mientras que la España, señora del mundo, imponia sus leyes á la Italia, á la Alemania, á los Paises-Bajos, á el Africa y á la America; mientras recordaba con orgullo los laureles ganados en San Quintin, y se engreia con tan nunca vistas y señaladas victorias, la poesia brillaba tambien con toda su gala y esplendor. Garcilaso arrancaba dulces y tiernos sones á su bien templada lira, y el *divino* Herrera, con su escesiva pompa y arrogancia, simbolizaba, por decirlo así, el espíritu de aquel siglo guerrero y emprendedor. Las artes y las letras caminaban, pues, al mismo nivel de las no vencidas armas, alimentadas y sostenidas por la fuerza moral que supo prestarles el vencedor de S. Quintin; empero con el reinado del estúpido Cárlos II, empezó toda esta grandeza á despeñarse del alto puesto en que se hallaba, preparando así el lastimoso decaimiento á que vino á parar durante el siglo XVII.

Entre tantos elementos de desórden con que empezó á combatir, una de las causas que mas contribuyeron á la decadencia de las letras, y acaso la mas principal, fué el mal gusto introducido por una secta literaria, á que se dió el nombre de *culteranismo*. Varias y encontradas son las opiniones de los escritores de aquella época al nombrar el introductor de esta nueva escuela, que durante un siglo encontró admiradores y prosélitos. A la facilidad portentosa de Lope de Vega, siguió el abandono de Quevedo; y las alambicadas metáforas é hinchada afectacion con que Góngora plagaba sus escritos, fueron causa de que se le tuviera, si no por el inventor de escuela tan oscura, al menos por jefe principal y mas acérrimo partidario de aberracion tan lastimosa. El mismo Lope de Vega no pudo menos de pagar su tributo, dejándose llevar por el torrente de aquel intrincado laberinto de trasposiciones violentas, de metáforas sutilísimas, y de voces latinas, mezcladas con profusion en nuestra hermosa lengua.

Sin embargo, al lado de los Tomé de Burguillos ó Lopez, al lado de los Góngoras, Villamedianas, Cañizares y otros, brillaban tambien muchos escritores, cuyo delicado gusto y claro ingenio los ponia fuera del alcance de semejante contagio. A la decadencia lastimosa de Lope, sucedió el elegante y fácil Calderon; y entre la numerosa cohorte literaria que iba á los alcances de los Rojas, los Solis y otros, no ocupaba por cierto el puesto mas inferior el célebre poeta Don Agustin Moreto.

Seria ofender la ilustracion de nuestros lectores si tratáramos de hacer una reseña histórica á fin de enumerar las causas políticas que destruyeron en aquella época casi todo el prestigio y el buen nombre de Felipe IV. Agenos por otro lado á la política, cuyo lugar y cuyo fallo pertenecen á la historia, nos concretaremos solamente á la proteccion que tan ilustrado monarca concedió á la república de las letras, diferenciándose por esta causa su galante corte de las sombrías y ceremoniosas etiquetas, que eran el tipo peculiar de las cortes de Felipe II y Felipe III.

Sabido es que en aquella época el palacio del Buen-Retiro era el centro de los mas distinguidos artistas y poetas. El mismo Felipe IV, confiando la gravedad de los negocios á su privado el condeduque de Olivares, no se desdeñaba de tomar parte en las representaciones teatrales que se celebraban en su real alcázar, y aun han llegado hasta nosotros algunas comedias suyas dadas á la estampa en aquella época, y á cuyo frente llevan el anuncio de *Un ingenio de esta corte*.

El lector nos dispensará estas enfadosas digresiones, indispensables sin embargo para dar á conocer el estado de nuestra literatura, y caracterizar la época en que floreció el insigne poeta de que nos vamos á ocupar.

Ni los esfuerzos de los amantes de la literatura española, ni las prolijas investigaciones de los bibliógrafos, han podido hallar rastro alguno que indique extensas noticias acerca de la vida de don Agustin Moreto. Lo único que hasta nosotros ha llegado, es que fué hijo de don Agustin y de doña Violante Cavanna, vecinos de Madrid: ignórase tam-

(1) El nombre del autor de este artículo, es muy poco conocido todavia en la república de las letras. El Sr. Garcia, es un artista bastante estudioso, que ha escrito un drama en Cádiz, su pátria, y algunas composiciones sueltas en la corte, á donde se halla actualmente; con cuyas obras ha probado su claro talento, y los buenos resultados de su laboriosidad. Los redactores de la *Platea* insertan con gusto este juicio crítico del inmortal Moreto, debido á su modesta pluma.

M. M. del C.

bien el año en que nació, pudiendo colegirse de las alusiones y estilo que usa en la mayor parte de sus comedias, que floreció por los años de 1630 hasta el de 1657, que fué nombrado rector del hospital del Refugio: allí, en el silencio del claustro, y renunciando á los merecidos aplausos que el público á su talento prodigaba, empleó los últimos años de su vida en consagrar su pluma á las divinas alabanzas. Sus últimos acentos fueron el canto del cisne, precursor de la muerte. Murió en Toledo á 28 de octubre de 1669, y fué sepultado en la parroquia de San Juan Bautista, por disposicion de su hermano don Juan.

Pocas, pero escogidas y avaloradas comedias debemos á la brillante pluma de Moreto: digno émulo de Plauto por la gran fuerza cómica que daba á sus personajes, mereció tambien el honor de ser imitado y aun copiado por el gran Moliére en algunas de sus comedias, aunque con infeliz suceso. En *No puede ser guardar á una muger*, quiso imitarlo el favorito de Luis XIV, escribiendo su *Escuela de los maridos;* y la tan celebrada y popular comedia intitulada *El desden con el desden*, sirvió de molde al padre de la escuela francesa para su *Princesa de Elide*: ambas copias, sin embargo, distan mucho del original.

Menos atrevido que Calderon en las complicaciones giganteseas que daba á sus fábulas, se ha concedido á Moreto la superioridad sobre aquel ingenio en la eleccion de los incidentes y en la nobleza de su estilo, no conociendo rival alguno entre los escritores de aquella época que pudiera competir con él en la descripcion de los caractéres y en la fluidéz y naturalidad de su lenguaje. Mr. Sismonde de Sismondi, al hablar de este esclarecido ingenio, aunque con demasiada ligereza, en su *Historia de la literatura española*, no puede menos de concederle la superioridad de que hemos hecho mencion, y las brillantes cualidades de que estaba dotado.

Entre las producciones que mas fama han dado á Moreto, y que han inmortalizado su nombre, citaremos, siguiendo en esto la ilustrada opinion del célebre y entendido publicista el señor don Alberto Lista, como la de mas complicado argumento y la que mas se ajusta á las formas de la buena comedia, la que lleva por título *Trampa adelante*, en la que se encuentran repartidos con mas abundancia y profusion las bellos rasgos de originalidad y sales cómicas, que fueron el sello distintivo que caracterizó casi todas las creaciones de nuestro poeta. Son, sin embargo, dignas de estudiarse como excelentes modelos, *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, *El desden con el desden*, *El lindo don Diego*, *La confusion de un jardin*, que por su embrollado y difícil enredo es digna de figurar entre las mejores de Calderon; *El marqués del Cigarral*, cuyo protagonista, á semejanza del héroe de Cervantes, se vuelve loco en fuerza de querer probar á todo el mundo su nobleza; *El Parecido en la corte*, *El defensor de su agravio*, *Industria contra finezas*, y otras muchas que seria prolijo enumerar.

Concluiremos diciendo que sus producciones, á pesar del transcurso de dos siglos, á pesar de la diferencia de costumbres de aquella sociedad á la nuestra, son y serán representadas siempre con universal aplauso; porque sus caractéres pertenecen á todas las épocas, porque en todas las épocas hay vicios que corregir y faltas que censurar; y finalmente, porque lo bello siempre es bello; prueba infalible de que el verdadero génio es imperecedero, desafiando el transcurso de los siglos, y apareciendo refulgente como un destello divino, cuya emanacion procede del mismo Dios.

MANUEL GARCIA.



CRITICA LITERARIA.

¿CERVANTES FUÉ Ó NÓ POETA?

Yo siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta . .
La gracia que no quiso darme el cielo. . .

Esto decia de sí el ilustre *manco* de Lepanto en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso*.

Tal opinion fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo: los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir un *Quijote*, por fuerza habia de estar asistido y ayudado de las Musas.

Pero aquellos que creen que sin versificacion no existe la poesia, responderán á nuestras palabras con decir: «Si Cervantes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas?»

Otros por el contrario replicarán: «Cervantes, como lo prueban sus novelas, no solo era buen poeta, sino excelentisimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Nosotros desde luego confesamos que Cervantes fué gran poeta; pero jamás podremos convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes hay en casi todas sus comedias, y de ellos podemos presentar á los ojos de los incrédulos, ó de los que sustenten la opinion contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar lo cierto de nuestras palabras.

Sirvan de primera muestra los versos siguientes, tomados de la comedia *La Entretenida*, y dirigidos á una fregona, amiga de cazar voluntades y de retenerlas:

Eres muy solicitada
y muy vista; y no está el toque
en que la flor no se toque,
si á serlo está aparejada.
Las flores del campo están
sujetas á cualquier mano:
á las del bajo villano,
y á las del alto galan:
al arado y al pie duro
del labrador que lo guia;
pero la flor, que se cria
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

Estos versos en sencilléz, en dulzura y elegancia compiten sin duda con los que el gran Lope de Vega usaba en el diálogo de sus comedias. En la misma *Entretenida* hay otros iguales en mérito á los ya citados. Están puestos en boca de un náufrago, y dirigidos á una dama hermosísima:

No fué huracan el que pudo
desbaratar nuestra flota,
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
mi pobre navío abierto;
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron;
pues mas rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza;
pues con nueva vida y ser
peregrino llego á ver
la imágen de tu belleza.

Y no solo en las comedias de Cervantes se hallan trozos tan elegantemente versificados, modelos de galanteria, sino tambien algunos dignos de memoria por la finura de la sátira y por la moralidad que contienen. Sirvan de ejemplo los que introdujo este ingenio en la comedia *El laberinto de amor*, con el fin de burlarse de aquellos que se dán á hablar de las materias de Estado sin entenderlas:

Necio llamaré del todo,
no curioso, al que se mete
en lo que no le compete,
ni toca por algun modo.
Hay algunos tan simplones,
que desde su muladar
se ponen á gobernar
mil reinos y mil naciones.
Dán trazas: forman estados
y repúblicas sin tasa;
y no saben en su casa
gobernar á dos criados.
De aquellos mi Andronio es;
(y esto lo sé con certeza)
que enmiendan á la cabeza
y apenas son ellos pies.
Llaman con tu ceguedad
y mal fundada opinion,
al recato remision,
á los castigos crueldad.
El gobierno no les cuadra
mas justo y mas nivelado,
siguen del vulgo engañado
la siempre mudable escuadra.
El que es buen vasallo atiende
á rogar por su señor:
si es bueno que sea mejor,
y si es malo que se enmiende.
De los viejos que enterramos,
fué sentencia singular,
que el mundo hemos de dejar,
del modo que le encontramos.

Bien quisiera que cuantos siguiendo una vulgar opinion, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervantes Saavedra no sabia hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse como buenos al lado de los mejores de otros ingenios, famosos por sus excelentes obras poéticas, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimientos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos tambien de memoria, en las comedias de Cervantes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase como en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Venus:

Has de saber, madre mia,
que en la corte, donde he estado,
no hay Amor sin grangería,
y el interés ha usurpado
mi reino y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
poco me podria valer,
usé de astucia, y vestíme,
y con él entremetíme;
y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
á volar con terciopelo;
y al instante que lo puse
sentí aligerar mi vuelo.
Del carcax hice bolson
y del dorado harpon,
de cada flecha un escudo;
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretension.
Hallé entradas en los pechos
que á la vista parecian
de acero ó de mármol hechos;
pero luego se rendian
al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros dias
las antiguas bizarrías
de los Heros y Leandros;
y valen dos Alejandros
mas que doscientos Macías.

Cervantes en todas sus comedias nos ofrece mo-



delos de excelente versificacion, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estilo.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervantes en el género trágico. En *La Numancia* hay muchos y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encarecido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresion que padecia su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo:

¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavía
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
por colmo de desventura?
Y á los libres hijos nuestros
¿queréis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia
de nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos
nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas
hánlas de gozar romanos?
En salir hareis error
que acarrea otros mil yerros;
pues dejaréis sin los perros
el ganado y sin señor.
Si al foso quereis salir,
llevadnos por vuestra vida:
porque tendremos por vida
á vuestro lado morir.
....
Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿cómo no hablais,
y con lágrimas rogais
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacisteis,
y que vuestras madres tristes
libres tambien os criaron.
Decidles, que pues la suerte
nuestra va tan de caida,
que como os dieron la vida,
asimismo os dén la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad,
si podeis hablar, decid
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

Estos son pasajes verdaderamente trágicos, y dudo que del teatro de nacion alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajen en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervantes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos excelentes no están dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimiento, nada bueno, ni aun razonable, podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿cómo Cervantes compuso comedias tan desmayadas en la invencion, y llenas de pasages tan malamente versificados?

La respuesta es por extremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervantes, se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia: cuando no hacia mas que seguir las huellas de los griegos y latinos: cuando no habia aparecido el *mónstruo de naturaleza*, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas compuso varias Cervantes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencilléz antigua, ya todas las que se habian escrito de este modo parecian diseños ó sombras de las suyas. Un excelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope por el importante servicio literario que habia prestado al mundo, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban; y para ello decia: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedáran cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. El lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfeccion.»

Convencido Cervantes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas por su sencilléz griega y latina, con otras de este género habian sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejéz, aunque no lo habia privado de la invencion, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composicion de tales obras. Por otra parte, su ingenio acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos dias de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida; pero jamás del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervantes hay multitud de versos malamente construidos y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuentran largos pasages, llenos de otros de buena construccion, mejor estilo y sumamente gratos al oido de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervantes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

Quede, pues, sentado que Miguel de Cervantes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta ni peor versista como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinion, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

Adolfo de Castro.



PARTE DOCTRINAL.

ELOGIOS INOPORTUNOS.



A llegado á tal punto el abuso de las empresas de teatros en anunciar elogiando cualquiera produccion dramática, que nos creemos en el deber de ridiculizar semejantes caprichos.

Es muy justo, muy natural y conveniente, tanto para el lustre y brillo de las letras, como para estimular el talento de nuestros escritores, que luego que una composicion dramática, despues de haber pasado por el crisol de imparcial censura, logre llenar cumplidamente las exijencias del público y del buen gusto, se premie á su autor, ya que no con una remuneracion metálica que le compense de sus horas de estudio y de vigilia, con cierto título honorífico que, añadido al de la obra, contribuya á realzarla á los ojos del público. Empero del estremo á que debe apelarse en pocos y determinados casos, al de que se valen hoy las empresas teatrales, con inclusion de las de esta capital, para anunciar las obras dramáticas, media la diferencia que existe siempre entre lo bueno y lo malo, el buen uso y el abuso.

Ello es que de algun tiempo á esta parte no saben anunciarnos ninguna produccion sin que precedan á su título los epítetos de rigor: «*la lindísima comedia*; *el magnífico drama; la grandiosa tragedia*» y otros por el estilo, que á fuerza de ser prodigados y de verlos desmentidos generalmente en su primera representacion, han perdido su fuerza moral, no inspiran el interés que deséaran despertar los empresarios, y lo que es aun mas grave, suelen poner en ridículo la buena fama del autor de la obra, si como sucede por desgracia en España por razones que todos sabemos y deploramos, la hubiese escrito sin pretensiones, y tal vez para satisfacer alguna exijencia. Nosotros nos consideramos con derecho para denunciar estas demasías que ceden en perjuicio del buen gusto, y ya que tan corrompido se halla en literatura en nuestra pátria, bueno es volver por la honra y el decoro de las letras españolas, y por el buen nombre que han alcanzado nuestros poetas y escritores de mas valía.

Duélenos, por otra parte, tener que añadir que la prensa, con muy honrosas excepciones, contribuye á agravar el mal de que nos quejamos, pues asediada por mil rastreros manejos, por mil intrigas humildes y prescindiendo de su noble objeto, y de sus mas santas obligaciones, enmudece y calla, cuando no critica con parcialidad, cuando no adula con serviles lisonjas. Por eso apenas se ha estrenado una produccion dramática, ya se presenta á los lectores como «*magnífica*»: se dice que tiene «*hermosa versificacion*: *situaciones bellísimas*: *diálogos interesantes, y caractéres perfectamente delineados.*» No se cumple de esta manera con la mision á que está llamado el periodismo; porque asi fuese, ¿qué nacion hubiera en Europa tan adelantada como la nuestra en punto á literatura? ¿Y cual es, en realidad, la que demuestra y sufre mas atraso?

Quede, pues, sentado el mal que originan las empresas de teatros y los periódicos con sus elogios inoportunos, y basten las presentes líneas, dictadas con la intencion mas noble, para evitar que se repitan en lo sucesivo.

Constantes en nuestro propósito de amenizar la *Platea* con producciones de mérito, tenemos la satisfaccion de anunciar, que en los próximos números daremos cabida á las siguientes: *Una poesia inédita de Espronceda* titulada *El Templario*: *una poesia inédita* de D. Bartolomé José Gallardo que tiene por título *La niña retraida*, y otra de D. Gabriel García Tasara. Además, *La meditacion en el campo*, lindísima poesía en tercetos de D. Ventura Ruiz Aguilera; otras dos de D. Juan María Capitan, y D. Francisco Cea; y varios artículos históricos del Sr. Montoto, y de D. Adolfo de Castro.

Nuestros suscritores comprenderán el esmero que tenemos en el desempeño de nuestros compromisos, en justo agradecimiento á la honrosa acogida que tanto las autoridades, como el público, han dispensado á nuestra *Revista*.

M. M. del Campo.

HISTORIA DE ESPAÑA.

LA TRAICION DE UN REY.



ALFONSO XI habia subido al trono de Castilla por fallecimiento de su padre don Fernando *el Emplazado*.

En todas épocas y en todas las naciones han sido azarosas y turbulentas las minorías de los reyes; y la de Alfonso, niño aun de pocos meses, dió orígen á una larga série de trastornos. Tres codiciosos tuvo la regencia del menor: los infantes don Juan y D. Pedro, y uno de los nobles mas influyentes del pais, llamado don Juan de Lara. La reina doña María deseando desvanecer los atrevidos proyectos de estos magnates, convocó cortes en Palencia, y sometiendo á la voluntad de estas la persona que deberia desempeñar el cargo espinoso de regente, unos diputados votaron en favor de aquella y de don Pedro, y otros se decidieron por el infante don Juan.

Tan inesperada discordancia de pareceres en asunto bien árduo, habia de ocasionar gravísimos males, y los produjo en efecto, pues los infantes rivales se pusieron en armas, y por espacio de largos meses ardió la guerra civil en los campos de Castilla.

Inútiles fueron los esfuerzos de la reina para avenir á los contendientes, ofreciendoles dividir entre ambos el reino: la transaccion fué solo momentánea: la tea de la discordia no estaba apagada todavia, y cada uno de los co-regentes se esforzaba en hacer obsequios á sus parciales con la idea de conquistarse sus votos. Entretanto la nacion lamentaba su suerte: presa continuamente del desórden, tenia que mirar atónita el desenfreno con que los nobles vivian del robo, atacaban los sagrados derechos de la propiedad, mataban y cometian todo género de crímenes, y sus delitos quedaban impunes, porque los infantes ni osaban siquiera castigarlos.

Por fortuna puso algun término á esta situacion y á la discordia que reinaba entre los aspirantes á la regencia, la noticia de una irrupcion de los moros, que por su parte trataban tambien de sacar partido de semejante anarquía. Los infantes reunieron un grueso ejército y puestos á la cabeza de dos cuerpos, próximamente de igual número de combatientes, murieron ambos en la célebre batalla de Granada.

Empero no cesaron por eso los males, porque alzáronse de repente otros dos miembros de la familia real con iguales y aun mayores pretensiones; don Felipe, tio del rey, y don Juan Manuel, los cuales se apoderaron de la regencia, se compartieron el reino, y con escándalo inaudito, las cortes de Burgos sancionaron tamaña usurpacion.

Poco tiempo despues de la desgraciada batalla que puso fin á la azarosa vida de los infantes, se apareció un hijo del don Juan, apellidado *el Tuerto* por falta de un ojo, queriendo heredar asimismo la regencia; y si bien no faltaron pueblos que como Burgos, por particulares motivos le aceptaron como tal, la muerte de la reina doña María vino á complicar mas y mas tales contiendas, tan extraordinario desconcierto, del que resultó por último una division de pueblos, siguiendo unos las banderas de don Felipe y don Juan Manuel, y otros, la mayor parte de los de Castilla la Vieja, la alzada por el nuevo caudillo.

Dura era la leccion que habia recibido el niño Alfonso desde su cuna, y cuando entrado en años comprendió las desavenencias y desórden en que gemian sus pueblos, trató de poner remedio declarándose ante todo mayor de edad en las cortes de Valladolid. Esta sola declaracion produjo ya saludable efecto, pues decidió al infante don Felipe á sometérsele; no sucedió lo mismo á los otros dos pretendientes, que para insistir con mayor empeño y mas probabilidades en su empresa, convinieron en que don Juan, *el Tuerto*, casase con doña Constanza, hija del don Juan Manuel. Pero noticioso de ello el rey Alfonso, inventó un medio de destruir la armonía que al parecer reinaba entre ambos, y lo puso al momento en práctica. Pidióle á don Juan Manuel por esposa á su hija, y el padre, naturalmente orgulloso con asegurar por este enlace la corona de Leon y de Castilla en las sienes de su Constanza, accedió al punto á la peticion, y despues de celebrados los desposorios en la catedral de Busgos, se retiró tranquilo á sus estados.

No domeñaron estos reveses el genio fuerte y altivo del último pretendiente; antes por el contrario, ayudado por los reyes de Aragon y de Portugal, despreció en mas de una ocasion las proposiciones aceptables de Alfonso. Y este monarca á quien con justicia le denomina la historia *el vengador*, convencido de que el rebelde insistia en su propósito, le envió mensageros anunciándole su resolucion de que casase con su hermana Leonor, decidiéndole al propio tiempo á una entrevista amistosa con objeto de terminar para siempre las rencillas entre castellanos, y ofreciéndole por último el mando de la primera espedicion contra las huestes moriscas.

Don Juan se dejó engañar cándidamente y se dispuso á penetrar en los muros de la ciudad de Toro, bajo la salvaguardia del honor y de la palabra de un rey.

II.

Despues de haber oido misa en la iglesia de Sta. María de la ciudad de Toro, Alfonso se dirigió á su palacio seguido de los principales magnates de la córte, y apenas hubo entrado en él, dijo al condestable:

—¿Habeis cumplido mis órdenes en el ejército?

—Señor, contestóle el condestable, no quieren perder su parte en el botin, y parece justo...

—Yo les haré ver quien es el monarca de Castilla.

Oyóse en estos momentos la corneta del vigía colocado en la torre, y Alfonso dijo á sus servidores:

—Al campo, señores, á recibir al infante.

La entrevista se réalizó en un castillo inmediato á Toro. D. Juan se apeó del caballo así que divisó al rey, le besó la mano en señal de vasallage y le abrazó despues con la efusion mas tierna.

Larga fué la plática que tuvieron los dos, quedando convenido que al dia siguiente realizaría el infante su entrada en la capital, y se celebrarian las bodas.

No bien habia vuelto á Toro el monarca, muy alegre por creer que no quedarian burlados sus proyectos, invadió la regia morada un hombre, todo cubierto de polvo, y que gritaba con voces descompasadas:

—El infante es un traidor! Zamora se ha sublevado! los emisarios de don Juan le aclaman por las calles, y los grandes han tenido que huir á uña de caballo.

—Condestable, salid al instante para Zamora con espada en mano, dijo el rey, que pronto voy á seguiros. La cabeza de un hombre que es el causante de todas las desgracias del reino, debe rodar por el suelo: hasta entonces no viviremos tranquilos. ¿Lo ois bien, Adelantado de Castilla? y en seguida partió para sus aposentos.

El rey quiere que muera el infante, murmuró á media voz Garci-Laso, y me elige á mi para consumar su obra... sabe la muerte de Mancilla y tengo que cumplir sus mandatos.

III.

Dos hombres de igual estatura se veian sentados en una sala medio arruinada de un viejo castillo, y una débil luz iluminaba aquella triste estancia.

Eran estos dos personages, el infante don Juan y don Pedro Abarca, su favorito, tuerto como aquel y de fisonomía muy semejante.

—Yo no se por qué tiemblas, Abarca, cuando ves que no temo á la espada del rey. Mis arcas se han desocupado, es verdad, para conquistarme el aprecio de los ricos-hombres de Castilla; pero bien mirado, ninguno ha hecho desprecio á mi oro, y tengo sobrados adictos.

—¿Pero á que no habeis comprado con oro al Adelantado mayor? contestóle Abarca.

—Oh! tambien me haré de él.... Se finge una conspiracion contra el monarca, lo hacemos gefe de ella, lo prenden, tú lo salvas de la prision y lo metes en otra emboscada... entiendes?

—Sabeis en lo que estoy ahora pensando? díjole el favorito.

—En qué? Veamos.

—En que mañana os casais con doña Leonor, rendís por tanto vuestros homenajes á Alfonso y ya no podreis premiar mis servicios. ¿Por qué no lo haceis hoy con tiempo?

—Todavia he de darte mayores pruebas de mi amistad, que la de concederte una villa, por ejemplo. Por esta sola noche vas á ser regente, y vestido con trage igual al mio, no acertarán los cortesanos á distinguir bien quien sea Abarca y quien el infante. Toma esta llave y en el gabinete inmediato hallarás lo necesario.

Mientras que Abarca variaba de trage, se decia don Juan para sus adentros: pobre hombre! ha caido en la red!

Pocos instantes despues volvieron á estar sentados junto á una mesa, el infante, admirándose de notar su completa semejanza con Abarca, y este vanidoso por el importante papel que estaba representando, cuando entró secretamente en la habitacion Garci-Laso, y colocándose detrás del grupo, dudaba sobre cual de los dos descargaría su puñal desenvainado.

Al hacer un ligero movimiento de cabeza, don Juan vió sin duda el puñal en las manos del Adelantado, y dijo al parecer con acento tranquilo:

—¿Quien distinguiria ahora entre los dos al infante?

—Yo, gritó una voz destemplada: y cayó en tierra, desangrándose, el cuerpo de don Pedro Abarca.

El infante se dió prisa á dar voces; ¡que asesinan al regente!

—Si, dijo Garci-Laso al que espiraba: muera el verdugo de Castilla y traidor de Zamora!

—Soy Abarca, exclamó el desgraciado favorito en su agonía.

—Hé aquí al infante don Juan, dijo este presentándose rodeado de arqueros, que se apoderaron de Garci-Laso.

—¿Me queda la esperanza de volver á veros antes de morir? preguntó conmovido el Adelantado mayor.

—Te doy mi palabra.

—Podré despedirme de mi amada Leonor! Y lo llevaron á un subterráneo, mientras otros arqueros sacaban el cadáver de Abarca.

Un minuto despues recibia el infante un mensajero con esta noticia:

—Señor: la rebelion estalló en Zamora: la ciudad de Toro está indignada y á favor de la luna se divisan grandes masas de gentes que se dirigen hácia aquí. Salid, pues, del castillo que están muy cerca.

—Saldré, pero será para recibirlos.

Al concluir estas palabras invadieron la habitacion el rey Alfonso y su numerosa comitiva. Don Juan le saludó afablemente.

—Mi querido tio, dijo el rey: es preciso que esta misma noche os vengais conmigo á Toro: vivireis en mi palacio y estareis mas seguro que yo lo estaria en Zamora. Oh! vereis qué pronto serán castigados los traidores.

—Ya que hablamos de traidores, traedme el preso, dijo el infante á sus arqueros, que quiero perdonarle su atentado contra mi persona.

En el instante que apareció Garci-Laso y se disponian todos para marchar á Toro, presentóse una muger cubierta con velo negro, y colocándose de rodillas entre el rey y el infante:

—Justicia, señor, justicia contra el asesino de Pedro Lopez de Mancilla, mi esposo: y dirigia sus miradas á Garci-Lasso.

—Esa justicia debieras pedírmela á mi, contestó el preso, porque tu odio equivale á la muerte.

—Leonor de Vargas, díjole el rey: os empeño mi palabra de que mañana antes que el sol deje de alumbrarnos, estará vengada la muerte de Mancilla.—Salgamos para Toro.

IV.

Sepultado en una bóveda oscura del palacio de





Toro, recordaba el Adelantado mayor de Castilla sus pasados dias de triunfos: los años de su cautiverio en el castillo de Andujar por haberse negado á dar muerte al rey, á lo cual le instaba don Juan, *el Tuerto:* sus ciegos amores con la esposa de Lopez de Mancilla, que á la sazon le acompañaba en aquella soledad, prometiéndole perdonar la ofensa que habia recibido, por librarle la vida; y por último, el feliz encuentro con su padre Lain Lainez, único hombre que podria alcanzar su perdon, cuando llegó este precipitadamente, y abrazando á su hijo, esclamó:

—Ay! todo es inútil. El rey ha prometido hacer completa justicia: no le han movido mis lágrimas, y se dirije con sus gentes hácia este sitio.

—Garci-Laso, díjole Leonor con serenidad y firmeza: seremos dos para recibir á un tiempo la muerte.

Y el vivo resplandor de las antorchas indicó inmediatamente la llegada de la régia comitiva.

Alfonso XI, el infante don Juan, el obispo de Zamora, el Justicia mayor Osorio, y multitud de cortesanos, pages, y escuderos, seguidos del verdugo, ocuparon aquella lúgubre mansion.

Comenzaba á despuntar la aurora del dia 2 de Noviembre, consagrado en todas partes á la conmemoracion de los difuntos, y el eco triste y funerario de las campanas de la ciudad, aumentaba el terror que habia ya inspirado á Garci-Laso y á su amada el aparato dal monarca.

—Oid, infante, ricos-hombres y pecheros, dijo el rey dirigiéndose á la comitiva. Una muger me ha pedido justicia por la deshonra que ha sufrido por un asesino..... Leonor de Vargas es esa muger..... Garci-Laso el culpable, y ambos se hallan aquí presentes..... En nombre de la ley, ordeno al obispo de Zamora que les dé la bendicion nupcial en el acto.

—Gracias, señor, gracias por vuestra clemencia, dijo Garci-Laso, arrodillándose á los pies de Alfonso.

El prelado dió cumplimiento al mandato, y los nuevos esposos no disimulaban su alegría inesperada.

—Ahora que estais satisfecho, le dijo el rey á Garci-Laso, pon tu firma en este pergamino: en él declaras que dejas á Leonor tu fortuna al par que tu nombre; y es una prevencion útil por si murieses antes que ella.

Despues que hubo firmado, exigió igual formalidad de su esposa, y preguntó con astucia á su tio.

—¿Os place mi manera de hacer justicia?

—Tanto me agrada, que anhelo realizar tambien mi enlace con la otra Leonor.

Pues bien; reparado ya el honor de esta muger, mando al verdugo, que creo estará escuchándome, se lleve al sitio que no ignora al asesino, y allí donde vea el cadáver de un hombre, le dé la misma muerte qn él dió á Pedro Lopez de Mancilla.

Todos los circunstantes manifestaron en sus rostros el asombro de que se hallaban poseidos.

—Piedad, señor, esclamaron á un tiempo Garci-Laso, Leonor y Lain Lainez.

—Nada: he prometido hacer justicia con los traidores, contestó Alfonso con gravedad, y la campana mayor de la torre anunciará el cumplimiento de mi palabra. Vos, querido tio, escuchad su tañido con prevencion.....

Quedóse sorprendido el infante, no acertando á interpretar el sentido de aquella alusion, en tanto que el desgraciado Garci-Laso se desprendia de los brazos de su Leonor para ser conducido al sacrificio; y un momento despues cesaba la infeliz su último suspiro, no pudiendo sobrellevar tanto quebranto.

—Ballesteros, gritó el rey al oir el eco vibratorio de la campana, que dejó aterrados á cuantos rodeaban al monarca: atravesad con las espada el pecho del infame don Juan, que es el rebelde de Zamora!

=Mi justicia ha concluido por hoy... le dijo al infante, que se revolcaba exánime por el pavimento.

El moribundo solo pudo articular estas palabras:

—El cielo castigará tu traicion, rey de Castilla!!!

MANUEL M. DEL CAMPO.



DOCUMENTO INÉDITO.

LA BATALLA DE OLMEDO
EN TIEMPO DE
DON JUAN EL SEGUNDO.

(C. significa la parte de Castilla y A. la de Aragon.)

(Continuacion.)

26 *Lleno de figos de cera*
é de torreznos y vino
fizo mas sucio camino
que jamás hombre fiziera.
27 *C. Persona tan postrimera*
nunca vi yendo á destroza
como Pedro de Mendoza (Señor de Al-
que es fama que se escondiera. mazan que hoy
28 *E dicen que descendiera* es marqués).
del rozin y entró en un pozo,
porque oviese del buen gozo
la madre que lo pariera.
29 *A. Juan de Tovar como viera*
el fecho tan mal parado
puso su firme cuidado
en buscar la madriguera.
30 *Lo qual por obra pusiera*
segun que bien lo pensó
por lo qual no falleció
á su rozin espolera.
31 *A. Mas recio que lanzadera*
sin esperar Adalides
Manuel de Benavides (Hoy conde de
deste fecho se partiera Santi-Estevan).
32 *Por pesquisa verdadera*
se falla como fuyó
é como en sí no dejó
quixote ni canillera.
33 *A. Su bondad non encubriera*
D. Enrique el de Zamora (Hermano del
por ganar honra á desora Almirante.)
los contrarios ofendiera
34 *Mas la gran gente ropera*
que con él fué á derranchar
fizo por cierto quedar
su persona prisionera.
35 *C. Maguer de malla é gorguera*
se armara el Maestre mozo (D. Gutierre de
mas no hubo menester bozo Sotomayor Mtre
pues á ninguno mordiera. de Alcántara.)
36 *Antes diz que se escondiera*
con gran sabor de mirar
si le cumplia apeldar
por guarecer á la vera
37 *A. En una cepa ó vimbrera*
por su muy fuerte pecado
estropezó el de Alvarado (Garci Sanchez
é cayó en una junquera. de Alvarado.)
38 *E la vil gente ovejera*
villanaje de Peones
sin cadena de eslabones
lo ataron á una figuera.
39 *A. Azás honroso acudiera*
á sus valientes varones
Mosen Pedro de Quiñones (Pedro Suarez).
quando las piernas batiera.
40 *Tan adentro se metiera*
que el hubiera de haber fin
mas allí con un jaquin
mucho bien se combatiera.

(Se continuará).

CRÓNICA ESTRANGERA.

La multitud de teatros que cuenta Paris en su recinto y en sus cercanías, y de espectáculos de otros géneros que se ofrecen allí á la curiosidad del viajero, nos ha sujerido la idea de publicarlos en lista, añadiéndoles el número de espectadores que puede contener cada uno y el sitio en que se hallan situados. Creemos nos agradecerán nuestros lectores estas noticias.

Grande Ópera.=Contiene 1937 espectadores: está situado en la calle de Pelletier.

Teatro Francés.=Calle Richelieu-1640 espectadores.

De los Italianos.=Calle Mohur-1700 espectadores.

De la Ópera cómica.=Plaza de los Italianos-1500 espectadores.

Del Odeon.=(Segundo teatro francés). Plaza de dicho nombre-1650 espectadores.

Puerta de San Martin.=Baluarte de este nombre-1803 espectadores.

De la Alegría.=Baluarte del Temple-1800 espectadores.

Del Ambigú cómico.=Baluarte de San Martin-1900 espectadores.

Del Vaudeville.=Plaza de la Bolsa-1300 espectadores.

Del Gimnasio dramático.=Baluarte de Bonne Neuvelle-1282 espectadores.

De Variedades.=Baluarte Montmartre-1240 espectadores.

Del Palacio Real.=En dicho palacio-930 espectadores.

Circo Olímpico.=Baluarte del Temple-3000 espectadores.

Teatro Beaumarchais.=Baluarte de dicho nombre-1226 espectadores.

Del Panteon.=Claustro de S. Benito-1200 espectadores.

Del Luxemburgo.=Calle Madame-1900 espectadores.

De San Marcelo.=Calle de Pascal-1400 espectadores.

Otros teatros de menor importancia existen, como el de los *Jóvenes Alumnos* en el pasage *Choiseul;* el de las *Funámbolas*, en el Temple; y el titulado *Petit Lazari.*

Fuera de la capital hay otros, á saber: *El Monte Parnaso*, el de *Montmartre*, el de *Begeville*, y el de *Batilnoles.*

Hay igualmente en Paris otros espectáculos; las *Sombras chinescas de Senaphin*, en el Palacio Real; los teatros del *Café de los Ciegos* y del *Salvage*, en el mismo palacio; el *Georama*, en el baluarte de Capuchinos; el *Navalorama* en los Campos Elíseos; el de la avenida *Gabrielle*, y el *Panorama*, en los espresados Campos Elíseos.

MARÍA PADILLA.

MELODRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAJES.

D. PEDRO, Príncipe de Castilla.
EL DUQUE RAMIRO de Albulquerque.
D. RUÍ DE PADILLA.
D. LUIS, Conde de Aguilar.
BLANCA.
DOÑA MARÍA PADILLA.
DOÑA INÉS PADILLA.
FRANCISCA, aya de la Padilla.

Coros, comparsas, damas, caballeros, grandes y dignatarios castellanos y franceses, cazadores, vasallos de Padilla, guardias reales, pajes y escuderos, castellanos y franceses.

La accion es en Castilla. El primer acto en el castillo de Padilla: los dos restantes en Sevilla. La época á fines del reinado de Alfonso II, y principios del de D. Pedro.

Música del Sr. CAYETANO DONIZETTI.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Átrio en el castillo de Padilla.

Escuderos, criados, pajes y doncellas de la Padilla atraviesan por el átrio; otros pajes introducen algunas damas y caballeros, deudos de Padilla: todo anuncia los preparativos de una fiesta, con motivo de los desposorios de Inés con el conde de Aguilar: el coro los felicita con la mayor efusion. D. Luis parte á procurar que se abrevie el instante que falta para la ceremonia, indicando que su primo Alfonso les presentaria, antes de mucho, á Mendez, el favorito del Príncipe.

ESCENA II.

Inés y María.

María se complace en el proyectado desposorio y manifiesta á su hermana que sus sueños la prometen un trono; y ya se pinta toda la pompa real y á los cortesanos que la llaman reina. Inés la dice que debe abandonar esos delirios; y que van á llegar Mendez y D. Alfonso. María se turba al escuchar el nombre de Mendez, é Inés deduce que lo ama, y que él tambien la profesa amor.

ESCENA III.

Dichas: Francisca y luego D. Pedro y D. Alfonso de Pardo, acompañado de D. Luis, con séquito de escuderos.

Francisca anuncia la llegada de Mendez y D. Alfonso, quienes se congratulan con los demás moradores del castillo por la dicha que aguarda á los nuevos esposos. Mendez manifiesta su amor á María, y todos parten á la capilla á celebrar la sagrada ceremonia.

ESCENA IV.

Habitacion de doña María. Esta aparece en ella, y á poco sale Francisca.

María piensa en la suerte de Inés y en Mendez, sin poder explicarse qué misterio es el que este oculta. Francisca sale con la mayor consternacion á anunciarle que se fragua una felonía, que se trata de robarla del castillo, y que el traidor es el príncipe D. Pedro, oculto bajo el nombre de Mendez. Doña María la despide manifestando que nada teme pues la acompaña un puñal.

ESCENA V.

Doña María, D. Pedro.

D. Pedro penetra en la habitacion, gracias á una escala protectora. María le recibe con un puñal en la mano, amenazándole con pasarse el pecho si se adelanta. D. Pedro emplea el lenguaje del mas apasionado amor para desarmar la cólera de su adorada, diciéndola. que sin ella en nada estima la conservacion de su existencia. María recuerda la vergüenza que recaeria sobre su anciano padre si llegase ella por desdicha á faltar á sus deberes; y despues de luchar con su pasion valerosamente, exije á D. Pedro, para seguirle, la palabra formal de que ha de consagrarle su amor al pie de los altares. D. Pedro se lo ofrece poniendo al cielo por testigo de su juramento.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Sala en un palacio de Sevilla. En el fondo se ven los jardines, en los cuales dá doña María una espléndida fiesta á D. Pedro.

Varias *damas* y *caballeros* llegan á la escena admirando el lujo que por todas partes se nota. Unos celebran la piedad de la Padilla, comparándola con los ángeles; otros, partidarios de doña Blanca, nueva esposa del rey, murmuran de sus escandalosos amores; otros, en fin, maldicen á doña María, porque juzgan que es la causa de que el rey no despliegue en las batallas su energía, y se entregue á las delicias del amor que profesa á su favorita.

ESCENA II.

El Duque y D. Ruí, que salen por una puerta de la izquierda.

D. Ruí se lamenta con el Duque de su desgracia, pintándole la angustiosa vida que pasa, merced á su inicua hija que era la predilecta de su corazon y que ha cubierto de infamia su nombre; al mismo tiempo que compara los honores que debió al predecesor de D. Pedro en recompensa á sus servicios, con las ofensas que de este ha recibido. El Duque procura consolarle, pero D. Ruí al contemplar el lugar en que se halla, manifiesta lleno de una feróz alegría, que aun le sonrie una esperanza; la de vengarse en medio de aquella fiesta del seductor y de la ingrata hija.

—

ESCENA III.

Doña María y Doña Inés.

Doña María recibe á su hermana con la mayor satisfaccion y le pregunta por su esposo. Inés contesta que no ha querido entrar D. Luis por hallarse su vida en peligro desde que mató á D. Alfonso, cómplice de aquel Mendez á quien D. Pedro ha jurado vengar. María repone que el Rey ha perdonado á su consorte y le ha nombrado además capitan de las guardias reales; y despues de recibir pruebas de gratitud de parte de Inés, la pregunta con temor por su anciano padre; quien, segun esta espresa, ha vuelto, por estar comprendido tambien en el perdon. Entonces María desea saber si ha hablado de ella, y al ver la respuesta evasiva de su querida hermana, dice con amargura: *¡Estás vengado, padre mio!* María con efecto es infeliz y en medio del fausto que la rodea, tiene en su corazon la muerte; pues su falta ha labrado la infelicidad de las personas mas caras para su alma. Desahógase, pues, en el seno siempre puro del fraternal cariño, entreviendo la esperanza de llegar á conseguir el perdon de su irritado padre. Oyénse en esto las trompetas que anuncian la llegada del Rey, y corren á echarse á los pies de D. Ruí á demandar el perdon de la desventurada María.

ESCENA IV.

D. Pedro, el Duque, caballeros, pajes y guardias.

El Duque hace presente al Rey que han llegado nuevas de Francia, y este espresa que las recibirá en otra ocasion; pues antes es el saráo de Doña María.

ESCENA V.

D. Ruí, D. Pedro y caballeros.

El Rey y los caballeros estrañan la osadía con que se introduce en aquellos sitios un desconocido anciano, que no es otro sino el mismo D. Ruí. Este, firme en el proyecto que habia formado de vengarse de un modo ostensible en el seductor de su hija, pregunta cual es el Rey; y luego que le han mostrado á D. Pedro. continúa: *si, este es el digno hijo de Alfonso, el Rey justo, el mas fuerte sosten de los oprimidos, la esperanza y el orgullo del reino, el que púede y debe vengarme!...* A estas voces el Rey le pregunta su nombre, y despues de haber recibido de D. Ruí la misma interrogacion, prosigue manifestando que no hay nadie que lo ignore en Castilla, porque ha sido siempre el azote de los moros; pero el padre ciego de ira le dice que es un infame; y despues de haber logrado exaltar al Rey hasta la desesperacion, le dice con ira concentrada, que cuando su acero le atraviese el corazon, le dirá su nombre. Los caballeros quieren arrojarse á vengar á D. Pedro; pero este, manda que se lleven á D. Ruí y lo azoten ignominiosamente. El desventurado parte maldiciendo al causador de sus desgracias.

ESCENA VI.

D. Pedro, caballeros, damas. A poco Doña María é Inés, y luego el Duque.

D. Pedro ordena que vuelvan todos á los interrumpidos placeres; y cuando se aprestan á salir, entra Doña María con su hermana, y dirigiéndose al Rey, le dice que acaba de oir gritos y llanto, y que en aquel dia debe ser todo placer; suplicándole que perdone al que haya faltado. D. Pedro va á contarle lo que ha sucedido, cuando el Duque le avisa que es su padre al que están en aquel momento castigando. María é Inés se consternan: el Rey se turba y procura disculparse: María se maldice á sí misma, y sufre con la mayor resignacion el justo anatema de su hermana; pero esta, viendo la desesperacion de María, que arroja sus preseas y ricos dones, y maldice el dia y la hora en que sintió aquel amor criminal, la invita á que la siga y se consagre á borrar con el arrepentimiento sus pasadas faltas, y á servir de consuelo á su padre.

ACTO TERCERO.

Habitacion modesta de D. Luis de Aguilar.

ESCENA I.

Doña María, despues Doña Inés y D. Luis.

María se lamenta de la suerte de su padre, cuando Inés y D. Luis entran á anunciar que D. Ruí ha vuelto un momento en sí; pero sin el uso completo de sus facultades. María les pregunta si podrá obtener su perdon arrojándose á sus pies; y á este tiempo D. Ruí la llama en su delirio y sin saber que le escuchaba, revelando solo lo que siente su corazon de padre, habla en términos que todos empiezan á concebir esperanza. María ruega á Inés y á D. Luis que la dejen á solas con su padre.

ESCENA II.

D. Ruí y Doña María.

María se arroja á los pies de D. Ruí anegada en lágrimas; este pregunta qué quiere; y cuando ha oido de los labios de su hija, á quien en su abstraccion desconoce, que su *perdon*, empieza á delirar. Viendo ella la situacion de su padre, se entrega á la desesperacion; y las palabras del anciano, que llamándola bella, la dice que le recuerda á una hija que fué su idolo, son un dardo para su corazon. Despues, como inspirada del cielo, saca un pliego y despertando en el corazon de su padre la luz de los sentimientos que pueden arrancarlo á la insensatéz, le habla de D. Pedro y le muestra el pliego, diciéndole que en él están consignados los derechos de Doña María Padilla, que allí se ostenta la firma del Rey debajo de la promesa que la hizo de ser su esposo: y cuando el anciano, sin comprender lo que el papel encierra, lo rasga, María se arr ja á sus pies suplicándole que la deje asistirle lo que le resta de vida; á que contesta D. Ruí que será poco, pues se acerca la última hora.

ESCENA III.

Sala de Embajadores.

D. Pedro, el Duque, caballeros, grandes, guardias, etc.

El coro celebra las prendas del Rey y de Doña Blanca. D. Pedro sin poder apartar á la Padilla de su corazon, manifiesta que, creyendo vengarse de ella por un nuevo desposorio, se vá á hacer infeliz para siempre; y recuerda las delicias del amor de Doña María que esceden para él á todas las dichas de la tierra. Despues se echa en cara su traicion y abre el pecho á la esperanza de que ella en su desesperacion vuelva á pisar aquel recinto. Oyense trompas militares, y el Duque anuncia la llegada de la nueva reina con su séquito.

ESCENA IV.

Dichos y Doña Blanca de Francia.

El coro la saluda y espresa que todos los corazones la adoran: cuando van á entrar en la capilla del palacio, siguiéndo los del séquito del Rey á Doña Blanca, Doña María sale y arrebata de una bandeja, que llevaba un paje, la corona, diciendo que le pertenece.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos: Doña María, Doña Inés y D. Luis, entre los cuales vendrá D. Ruí.

Por este acontecimiento todos se sorprenden; los partidarios de Doña Blanca piden al Rey que castigue á la Padilla; esta hace valer sus derechos, y el Rey que la adora, al ver al desgraciado D. Ruí en estado lamentable, lo cual le muestra María como obra suya, al mirar cada vez mas encantadora á la que siempre ha reinado en su alma, se decide á presentarla como su esposa á los grandes y caballeros, mandándoles que la acaten como á reina. María, Inés, D. Ruí y el de Aguilar se sienten trasportados de placer, y todos se entregan á la mayor alegría.

FIN.

ENTREACTO.

LA PERLA DE CÁDIZ.

NOVELA ORIGINAL.

I.



A lluvia caia á torrentes en Gibraltar el dia 27 de Noviembre de 1845. Todos los cristales de la poblacion se estremecian á impulso del violento vendabal, cuya fuerza era mayor por instantes, y el deslumbrante fulgor del relámpago iluminaba á veces las desiertas calles y las embravecidas olas del Estrecho. Entonces era imponente



contemplar el elevado peñon que, alzándose en línea paralela sobre la pequeña ciudad, parecia que amenazaba desplomar su inmensa mole sobre ella. El solemne ruido de la lluvia y de los recios vientos era interrumpido por el monotono cantar de los hebreos que, agrupados en torno de su sacerdote, elevaban al Eterno mil plegarias; ó por la sonora campana de los católicos, en cuya iglesia se celebraba todo aquel mes la fiesta de difuntos. El cañon de la noche habia sonado, y la tropa se retiraba precipitadamente á sus cuarteles, ébria como siempre, porque los soldados ingleses se embriagan con frecuencia con el *Gin*. Estos eran los únicos transeuntes, si se exceptua algun que otro devoto que volvia de rezar, y preguntaba el *VVhat ó clok is it* á los inmóviles centinelas.

En todo aquel dia el *Hacho*, punto mas culminante del peñon, y que sirve de vigía, habia dado la señal de alguna embarcacion, y se calculaba con bastante fundamento que hubiese perecido mas de una, arrebatada por las corrientes del Estrecho; porque Gibraltar es uno de los puertos mas concurridos del mundo, y en su bahía se ostentan á la vez todas las banderas conocidas. Sobre todo, la tardanza del paquete ingles *The queen of London* que se esperaba el 26, hacia concebir sérios temores, porque se sabe que los ingleses se lanzan al mar aun en dias de tormentosa borrasca, sin que la tempestad séa una razon para ellos.

—Aun no ha venido! exclamaba en tono de impaciencia y desesperacion el jóven Enrique, dirigiéndose al criado de la fonda en que paraba: aun no ha venido el vapor ni se espera tan pronto, eh?

—Así es, señor; respondia este con una calma que revelaba su orígen flamenco. Se cree haya naufragado en Trafalgar.

—Y no podremos fletar un *místico* para mañana temprano?

—Qué, señor! quien piensa en salir de la plaza? Bonito tiempo hace; crea usted que es un temporal deshecho, y que en muchos dias...

—Bien, basta; para eso no necesitaba tu parecer; márchate.

Y el jóven se dejó caer sobre un sillon, abismado bajo el peso de una pena profunda. Enrique era bello; tenia la estatura elevada, la tez blanca, y en sus ojos de un pardo claro se descubria una fuerza de voluntad nada comun. Al verlo en tal estado de abatimiento, se hubiera creido que el amor, ó tal vez el interés, eran la verdadera causa de su tristeza; ninguno hubiera sospechado que la amistad era el único sentimiento que entonces le dominaba; porque la amistad es tan modesta como hermosa, y sabe siempre ocultarse bajo formas diversas.

Si, la amistad conmovia su corazon en aquel instante; si queremos pruebas, una carta abierta que estaba sobre su mesa, y en la cual fijaba los ojos frecuentemente, nos convencerá de ello.

«Querido Enrique: antes de emprender tus viajes por Italia, escucha la voz de tu mejor amigo, de tu compañero de infancia. Mis amores con la fatal Adela, han tenido el desenlace que tu me presajiabas, y que yo no entreveia en mis risueñas ilusiones, y en mi apasionado frenesi. Tengo un duelo á muerte que se verificará el 29, porque á mis ruegos se ha demorado hasta ese dia, confiando en que tú vendrás... Quiero morir en tus brazos. Si desgraciadamente tardases un solo instante, me seria imposible esperar mas tiempo; se atribuiria á miedo... Adios... á pesar de este desengaño... la adoro todavia.»

II.

Pasados tres dias, y despues de un viaje en que la caldera del vapor inglés se habia fracturado, y los fogones estaban á medio inundar, llegó á Cádiz Enrique, y con el semblante pálido y descompuesto, se dirigió á la casa de su antiguo amigo.

—Ya se habrá batido! exclamaba al subir los tramos de la escalera: he llegado tarde.

Con efecto, tarde era para darle el último adios; solo pudo leer los renglones que pára él trazara pocas horas antes de concurrir al sitio fatal, teatro de su muerte.

«Voy á morir, lo conozco; hay presentimientos que pesan como una losa sobre el corazon. Perdono á mi contrario, y aun le compadezco, porque pronto tal vez sufra los crueles martirios de un desengaño. Si, no soy la primera víctima del coquetismo é inconstancia de Adela.... La amaba tanto, creia con tal fé en sus mágicas palabras... yo le habia dicho llorando como un niño, que no me engañára, que un desengaño me llevaria al sepulcro... y ella me juraba amor con el acento de la mas tierna emocion. Y entre tanto, un rival mas afortunado que yo, me robaba sus caricias. Un dia la sorprendí con él, y una sonrisa irónica fué todo el sentimiento que demostró por nuestro desafio. Hoy es el duelo, y sé que esta noche concurre al teatro para ver la primera representacion de un drama, cuyo autor es ahora por vanidad, su mas querido amante. La esperan triunfos, obsequios; yo entre tanto habré dejado de vivir, pero con el consuelo de que mi amiguito me vengará... si puede vengarme. Adios, Enrique, la muerte nos separa para siempre.»

Dos gruesas lágrimas que se habian desprendido de los ojos de Enrique, secáronse al leer las últimas palabras de la carta, como si ellas le hubiesen aliviado de un peso grande. Dibujóse en su rostro una sonrisa tan siniestra, que hubiese hecho palidecer el alegre rostro de Adela, de esa muger tan poco constante en sus impresiones. Te vengaré! exclamó apretando la carta de su amigo contra su pecho.

III.

Dos meses despues ninguno recordaba este acontecimiento, perdido entre los muchos que suceden en el mundo, como una ola se pierde entre otras olas, y un año entre otros años. Acaso el mismo Enrique lo habia olvidado tambien, pues fuera del enlutado traje que vestia, nada indicaba en sus facciones, naturalmente sombrías, que una pena secreta le molestase. Muy al contrario, sus amigos publicaban que nunca le habian visto mas alegre.

—Casarse Enrique! decia uno de ellos en la aristocrática reunion de Carmen... Esto me hace creer que ha variado de carácter. Antes era enemigo de la sociedad; nunca pudimos traerlo aquí, y ahora no falta una noche.

—No es estraño; me han asegurado que es correspondido fielmente (contestaba una preciosa niña); ¡quien lo hubiera creido de esa Adela tan coqueta y tan mariposa! Dios la ha castigado... porque está tan enamorada! Vedlos hablar, siempre están charlando.

Adela era hermosa sin rival; sus ojos de un mirar espresivo, tenian un imán tan seductor, que pocos hombres, aun sus mayores enemigos, lo hubieran podido resistir. Era de esbeltas formas, y cuando se dirigia una mirada á su delicado pecho, no podia menos de padecerse cierta turbacion. Desde luego se hubiera conocido que el sentimiento dominante en aquel corazon rebelde, era el amor propio en su mas lato desarrollo. Gozaba en ver á sus plantas mil amantes desesperados implorándole compasion! Solamente Enrique se habia mostrado indiferente á sus gracias... «Y qué (decia la pobre jóven), no he de hacerle sufrir, no ha de amarme....? Y es el mas bello de cuantos he conocido.... al menos su frialdad me lo representa hermoso. Qué dirian mis amigas si le viesen dominado por mí!

Con efecto, Adela habia vencido en aquella lucha, acaso saliendo mas malparada de lo que hubiera creido, sin duda por ese aprecio que suele tenerse á lo que cuesta trabajo alcanzar.

—Me amarás siempre, Enrique mio? le decia sin cuidarse de las cien lenguas femeninas que se encargaban de su honra; yo á nadie he amado como á tí; pero si fueras ingrato!

—Ingrato, Adela mia? Bien sabes que á mi pesar te adoro como un desesperado.

—Dentro de dos dias será nuestro casamiento. Dentro de dos dias seré tu esposo.

Qué bello es Enrique! decian las mugeres. Qué hermosa es Adela! exclamaban los hombres.

IV.

En cumplimiento de su palabra, Enrique iba á ser esposo de la rica heredera del comerciante Lara, de la orgullosa Adela que habia despreciado multitud de casamientos ventajosísimos, y á la cual llamaban sus apasionados *la perla de Cádiz*. Sus padres, enojosos antes por su hostilidad al matrimonio, rebosaban de placer á su próximo enlace con Enrique, jóven distinguido por todos conceptos. Reunidos en un elegante salon, esperaban su venida y la del notario; y entre tanto Adela, agitada por las dulces emociones que en esos instantes supremos conmueven el alma de una doncella, confiaba sus pensamientos á sus mas intimas amigas. Ya estaban allí los numerosos convidados; lo mas escogido de la culta sociedad gaditana iba á presenciar el triunfo de esta linda jóven.

Enrique llegó por fin tras el notario y cien miradas de fuego se clavaron en él.... pero ninguna tan ardiente como la de su amada. Al ir á leerse el contrato, Enrique, con la voz firme, con la faz tranquila, aunque extremadamente pálida, exclamó:

—Señor de Lara, mandad al escribano que suspenda; yo no puedo casarme con vuestra hija.

Un sordo murmullo se agitó en el salon.

—Caballero! exclamó colérico y avergonzado el padre de Adela.

—Presto os convencereis de que es imposible esta union (prosiguió Enrique sereno é impasible). Adela, perdonadme; pero yo no os habia hablado de una carta que os suplico leais en este momento.

El estado de la jóven no puede describirse; entre sollozos y lágrimas tomó la carta con mano trémula y leyó para sí con agitacion creciente la despedida del amigo de Enrique, y las palabras que este habia escrito con sangre á continuacion: *Te vengaré, amigo mio.*

—Ya veis, señora (la dijo Enrique), que un casamiento entre nosotros es tan imposible, como lo es arrancar de la tumba á mi pobre amigo. Decidlo así á vuestro padre y á todo el que estrañe mi conducta.... y el cielo os haga feliz.

Al concluir estas palabras hizo un frio saludo á los concurrentes, y salió de la sala dejándolos á unos llenos de vergüenza, á otros de estupór.

La crítica tuvo por algunos dias sobrado alimento, y mil historias inmorales y mil cuentos desatinados se mezclaban al estraño suceso, que en sentido de todos alejaba á Adela de la sociedad para siempre.

Con efecto, nadie la vió mas ni en paseos ni en tertulias: solamente se supo al cabo de tres meses que habia sucumbido devorada por una tisis espantosa, que desde luego hizo desesperar á los médicos. Enrique, yendo á despedirse de la tumba de su amigo en el cementerio de S. José, pudo leer con alguna emocion en la lápida que encerraba los restos de la jóven, estos versos:

Murió la perla que en dichoso dia
encanto y gloria fué de Andalucía.

EMILIO BRAVO.

—

El sábado 3 se estrenará en el teatro de San Fernando, la ópera cómica de que hemos hablado otro dia. Hoy copiamos de ella para muestra la siguiente escena.

EL TIO CANIYITAS.

Acto 1.°—Escena 4.ª—Caniyitas y Frich.

—

CANI. Vente tú conmigo hermano
no te apartes del lao mio,
y no hagas caso de naide
que van á engañarte, niño.
Ay! po si es á mí, y me engañan
lo mesmito que á un chiquiyo!
como me ven bonachon....
pué, se divierten conmigo.
Me comprendes?
FRICH. Comprejendo.
CANI. Tú eres un chavosito...
FRICH. Mí? Non: chavosito? non.
CANI. (Verdá; tiene medio siglo
er peaso de arrastrao:
bien lo disen los cormiyos.)
FRICH. Y en dounde estar la gitana?
CANI. En la tienda der tio Chico,
donde hay un trinquilifortili...
FRICH. Guain?
CANI. Aguao? no purito.
Qué bebía bebes tú?

bebia blanca ó der tinto?
FRICH. Veripel.
CANI. Der peleon?
Mardesio sea tu vino
que mas de tresientas veses
en la carse me ha metio.
FRICH. Me, guitano y la jitana?
CANI. Onde está no te lo igo?
FRICH. Vamos.
CANI. Aspérate antes,
dime cual es tu intilijio:
Vas su lengua á diprendé
ó la vas á enamorá?
lo primero podrá sé
de lo segundo no hay ná:
es disí, porque esa niña
está, aunque entre, perdovales
criá en mu güenos pañales,
y su pare es una piña.
Verdá que si tú me ises
que tendrás.... simulasiou,
y toa la jinuflision,
comprendes? de los monises,
yo, aunque sea mu duro
jaré... sabes?... pues, un lio...
estas tú? me has comprendio?...
Tienes ahi cuatro duros?
FRICH. Cuatro duras? (*saca un bolsillo.*)
CANI. Lo chanelas?
FRICH. Para?...
CANI. Armorsé bacalao
y tengo un peaso agarrao,
ves? ya salió, entre dos muelas. (*le coje una*)
FRICH. Tou te guardas el dinero? (*moneda.*)
CANI. Po sí señó... (*haciéndose el distraido.*)
FRICH. Tou lo guarda?
CANI. Que si me lo guardo? aguarda...
FRICH. Mi puede...
CANI. Juí! qué cansera!
FRICH. Mi lo guarda bien. yes.
CANI. Puél
Cómo yo? valiente moso
ven sonsivela, (y al poso) (*guarda la moneda*)
y déjate tú corré. (vánse.)

VARIEDADES.

—

Se han terminado felizmente las desavenencias habidas entre el Sr. Becerra, y la empresa del teatro de S. Fernando, y este artista apreciable continuará formando parte de la compañía lírica.

—

Sabemos que D. Mariano Soriano Fuertes, autor de la música de la ópera cómica *El tio Caniyitas*, ha arreglado ya la del acto primero de la opereta *La fábrica de tabacos de Sevilla*, y se prepara á concluir el segundo con brevedad, para comenzar sus trabajos en otra de tres actos que se compondrá, con el objeto de que la Sra. Villó (Doña Cristina) tome en ella parte.

—

Parece cierto que con la admision de una nueva corista en S. Fernnando, se han promovido graves desavenencias entre las antiguas, disgustos que deben evitarse por la empresa á todo trance, para que no ocasionen perjuicios de otra naturaleza á los intereses de la misma, y participe tambien de ellos el público indebidamente. Por hoy basta esta indicacion.

—

Estamos preparando el argumento de la ópera que se anuncia en el teatro de S. Fernando *Y Masnadieri*, y lo tendrán nuestros suscritores antes de su estreno.

—

Se espera de un momento á otro en Sevilla á la Sra. Cattinari, primera tiple del teatro Principal.

—

Ha llegado ya el Sr. Porto, bajo profundo del mismo teatro, en el cual se preparan *El Barbero de Sevilla*, y *Roberto el Diablo*, por la compañía lírica, y por la compañía dramática *Borrascas del corazon*.

SEMANA TEATRAL.

Teatro de San Fernando.=*Norma.—Los dos Fóscaris.—Un matrimonio á la moda.—Otra noche toledana.=Otra casa con dos puertas.—Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan Mendoza.*
Teatro Principal.=*Maria de Padilla.=La trenza de sus cabellos.=Un matrimonio á la moda.*

Muchas son las obras dramáticas á las cuales tenemos que pasar revista en las cortas dimensiones á que nos han reducido los estensos artículos del presente número: pero asi y todo, hemos de cumplir con nuestro deber de críticos, con la imparcialidad de que hacemos alarde, y sin la presuncion de creernos infalibles en nuestra censura.

Norma! inmortal Bellini! divina Villó! Hé aqui tres exclamaciones que no podemos desunir ni separar de nuestra mente al acordarnos de este *spartito* que fué en Italia el que obtuvo mayor aceptacion, y que en España es el mas privilegiado, y que en Sevilla nos embelesa y entusiasma... ¿A qué acuden en tropel esas gentes hácia el teatro de S. Fernando? ¿Porqué pueblan todas las localidades, y esperan con impaciencia que se alce la elegante cortina de este coliséo? Ya está levantada! pero ¿cómo es que la ansiedad se aumenta, y que tan brillante sinfonia, y tan nutridos coros, no satisfacen á la multitud? Qué falta para completar la ilusion que aquellas armonías producen, en el fondo de un dilatado bosque, iluminado por opacas antorchas y por los dulces resplandores de los ojos de tantas hermosas que clavan en él sus miradas? Falta.... Cristina Villó... la heroina de la jornada; una española con figura de muger y voz de arcángel! A su vista el público enmudece, y escucha: el público, siente y admira: el público aplaude y no se cansa de aplaudir; y cuando termina aquel canto, que es el del cisne dolorido, el público pide una corona de oro para el autor y una corona de laurel para la artista!

Las habeis conquistado; tu, Bellini, por la sublime ofrenda que nos legaste al descender al sepulcro! Tu, Cristina, por la *Norma* verdadera que nos has cantado *á cielo*. Superior á ti misma te hemos visto en el *andante* de *Casta Diva*; y en la *fermata* que dá fin á la *cavaleta* «*Ah! bello á me ritorna*» cuando has dado un *ré natural*, claro y de mucho gusto. Y ahora que vas á descansar de tus triunfos, cede algunas hojas de tu corona á tu hermana Matilde, que ha desempeñado su parte de *Idalgisa* con tanta perfeccion, y cuya simpática voz plegaba tanto á la tuya, que nos parecia estar oyendo siempre una sola garganta de dos sonidos. Norma! Bellini! Villó! Tres nombres que nunca se separarán de nuestra memoria.

El Sr. Carrion estuvo bien en su papel de *Polion*, apesar de que la *tessitura* de la ópera no es la que mejor se aviene á su voz, y se esforzó cual nunca, para remediar el pequeño descuido que tuvo en un *andante* del acto primero; pues queriendo dar un *do* en *falsete*, le salió alto y poco claro. El público sofocó el natural disgusto del artista con una salva de aplausos. El Sr. Baraldi, desempeñó regularmente la parte de *Orovesso* por complacer á la empresa, y apesar de no ser propia de su carácter. Los coros y la orquesta contribuyeron al éxito felicísimo de esta ópera. En la segunda representacion no ocurrió nada digno de mencionarse; mas que el Sr. Becerra ejecutó el papel de *Orovesso*, y en la introduccion y en la escena del acto segundo nos gustó mucho.

De *Los dos Fóscaris* solo diremos que el Sr. Volpini se lució, especialmente en su *aria* de salida, valiéndole grandes aplausos, y el ser llamado á la escena á la mitad del acto primero.

Vamos á emitir nuestro juicio sobre la comedia del Sr. Navarrete *Un matrimonio á la moda*, puesta en escena en los dos teatros principales de la capital, en una misma noche. Escrita para que la representase la seccion dramática del *Liceo* de la corte, natural era que escogiese por tipo de sus personages á los de la culta sociedad madrileña; pero forzoso es confesar que en alguno de los que ha pintado, se nota cierta exageracion, y ciertas tendencias, que desvirtuan el modelo que concibiera su autor; por ejemplo, el amigo del marqués, que degenera en calabera de mal género. En su fondo esta comedia, en que abundan las reminiscencias de otras bastante conocidas y apreciadas, es moral y recomendable; en sus formas está acomodada á las reglas del arte; su lenguaje es elevado como debia ser. Para un crítico escrupuloso tiene defectos que pudieran haberse evitado con facilidad; entre otros, el de no justificarse completamente la honradéz de la bailarina Amalia, á quien por un engaño sorprende la esposa del marqués en el gabinete de su casa. El público de ambos coliseos la aplaudió con mucho gusto á su conclusion, y debe es nuestro felicitar á ambas empresas por el lujo con que en rivalidad han servido la escena.

Hablemos de la ejecucion en S. Fernando; y permitiéndonos la Sra. Baus que nos detengamos poco en elogio de su bien desempeñado papel de marquesa; y de su buen gusto, en el decir en la escena última del acto tercero, que le valió nutridos aplausos; fijémonos en la Sra. Samaniego (D.ª Concepcion) que, segun los carteles, habia tomado á su cargo, como en la *Escuela de las coquetas*, un papel que no le correspondia. Y puesto que la empresa, por una condescendencia que puede traducirse por galantería, defirió á semejante anuncio; nosotros, que como buenos andaluces, no queremos preciarnos de menos galantes con una señora; como escritores de conciencia, debemos decir al público la verdad, y como leales amigos, dar un consejo á esta actriz; y es, que se convenza de que cuenta ya muchos años sobre la escena, y que ese tiempo no ha pasado en vano para sus facultades artísticas. Pretender la Sra. Samaniego lucirse hoy en la escala de *dama*, es un crimen tan imperdonable, como lo fuera el nuestro de callar el mérito que ha contraido en la de *característica*, en las dos comedias de que hemos hecho mencion. Cuente, pues, los dias en que el público la prodiga aplausos, examine los papeles en que obtiene un resultado tan alhagüeño, y reconocerá el valor de nuestros consejos, y la justicia con que escribimos. Los Sres. Cejudo, Lozano, Pastrana, Albarran y Luna, demostraron un formal empeño en que esta comedia alcanzase completo éxito.

En la pieza *Otra noche toledana*, escrita con mas delicadeza que la primera *noche*, estuvieron bien las Sras. Revillas y el Sr. Albarran.

Para funcion entre tarde y noche se pusieron en escena dos comedias; *Otra casa con dos puertas*, y *Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan Mendoza*, nueva para Sevilla. La primera ha sido ya censurada: la segunda, es una traduccion de D. Luis de Olona, por cierto la peor de las tres que se han hecho con distintos títulos del *vaudeville* francés «*Les couleurs de Margarite;*» y aunque es un disparate dramático, llena su objeto de hacer reir á los espectadores. La Sra. Buzon en su corto papel; la Sra. Revilla (D.ª Rita) en su airoso trage, de varon, y los Sres. Cejudo, Pastrana y Caballero, merecen elogio en los que se les repartieron. El Sr. Albarran exije un párrafo especial. Encargado de representar dos caractéres distintos y dos sexos, lo hizo á las mil maravillas, provocando la hilaridad constante del auditorio: en el de mujer estuvo muy oportuno, y lo vistió con propiedad y con una prontitud increible.

Han continuado en el teatro Principal las representaciones de la ópera *Maria de Padilla*, y se ha puesto en escena por la compañía dramática *La trenza de sus cabellos*, en cuyo drama la Sra. Valero ha acreditado su justa nombradía. Los bravos y los aplausos que la ha tributado un numeroso público en las dos noches que lleva de ejecucion, deben haber satisfecho á tan eminente artista.

Nos reservamos para el número inmediato hablar extensamente de las funciones hechas en este coliseo, añadiendo el juicio que hemos formado de las Stas. Urrutia, Montesinos y Romero, y del apreciable actor Revilla y demás individuos de la compañia, que omitimos en este lugar por falta de espacio.

Con el mejor resultado acabamos de ver en escena la delicada comedia del fecundo Lope de Vega, *La moza de cántaro*, y la chistosa pieza nueva *Dos y uno*, ejecutada por la Sra. Valero, y los Sres. Revilla y Bal. *Manuel M. del Campo.*

Redactor y Director, D. Manuel María del Campo.
SEVILLA.—1849.
Imprenta de Gomez, calle de la Muela núm. 32.